

Conmemorando un Centenario

Por Santiago Garrido, S. J.

I

El 4 de Febrero de 1951, el Departamento de libros raros de la firma Hijos de Carlos Scribner compró un ejemplar de la Biblia de Gutenberg cuyas andanzas se seguían por los bibliófilos desde 1825. A Randall, gerente del Departamento aludido, sin especificar detalles, aseguró que se había pagado por él lo que ningún otro libro en el mundo. ¿Cuál sería el precio? En 1926 se habían pagado \$ 106.000 por el Dr. A. S. Rosenbach por otro ejemplar igual que después S. Harkness lo volvió a comprar y lo regaló a la Universidad de Yale. El precio más alto que se hubiera pagado por libro alguno había sido el de \$ 151.000 por el Libro *Bay Psalms* en pública subasta a la Parke-Benet Galleries Inc., en 1947. De donde, a ser verdad la afirmación del gerente arriba nombrado, se han debido de pagar por este ejemplar de la Biblia de Gutenberg más de \$ 151.000 dólares.

Para que un asombro se nos quite con otro, acaba de hacerse público que ya en 1926 los PP. Benedictinos de Lavant, en Austria, forzados por la pobreza habían vendido un ejemplar en vitela de la misma Biblia de Gutenberg, en 3 volúmenes, por la fabulosa suma de \$ 305.000 dólares al Dr. Otto F. H. Vollbehr. Cuatro años más tarde, en 1930, el Gobierno de los Estados Unidos lo adquirió para la Biblioteca del Congreso, a una con 3.000 incunables de la colección del mismo Dr. Vollbehr, por la nonada de 1.500.00 dólares.

¡Y pensar que el propio Gutenberg por los 300 ejemplares de que constó su edición no pudo cubrir los gastos, antes se vió despojado de su imprenta por sus dos socios Fust y Schöffer!

Celebramos este año de 1952 el quinto centenario de la impresión de la primera Biblia y con ella del primer libro de importancia que dado a la estampa con tipos móviles abrió la marcha triunfal del arte tipográfico y coronó de gloria póstuma a su inventor Juan Gutenberg.

La gigante obra se había comenzado en 1450 y terminado, al menos en parte, en 1452.

Gutenberg había recibido este apellido de su madre Isabel Wyrich descendiente de un antiguo castillo y caserío del alto Rin que todavía se llama Gutenberg. Siguiendo una antigua costumbre alemana, traspasó a su hijo mayor el apellido por ser ella el último miembro de su familia. Propiamente el apellido de Juan era Gaensfleisch, el de su padre Frielo o Federico cuyo abuelo había adquirido la casa solariega de los Gaensfleisch. Los Gaensfleisch pertenecían al patriciado de la ciudad de Maguncia donde nació el niño Juan en 1398. Mas por disensiones intestinas entre algunas familias se vieron obligados a emigrar y lo hicieron en 1420 primero a Eltvile, por poco tiempo, y luego a Estrasburgo. Aquí debió el joven Juan dedicarse a la fabricación de espejos y aun se dice que estuvo en Harlem dedicado a la xilografía o método de grabar en madera páginas enteras, con el trabajo que se supone, para luego imprimir las.

En xilografía se imprimieron las *Biblia pauperum*, las Biblias llamadas de los pobres, cuadernos de 20 a 40 páginas con escenas grabadas de la Santa Biblia con sus correspondientes títulos debajo y que recibieron su nombre de su destino para la gente iliterata, pobre en general, que por ellas, a pesar de no saber leer, podrían instruirse por los ojos en los principales misterios de nuestra Santa Religión y en los principales hechos de la Historia Sagrada. Más tarde a los grabados se añadieron tacos también grabados con líneas explicativas de la correspondiente escena, hasta que por fin afloró la idea de grabar en vez de líneas enteras, las letras sueltas, una por una, para mayor facilidad y menor gasto en la formación de las líneas, según la idea que se tratase de expresar. Con esto había nacido la imprenta.

A Gutenberg, si no la invención y uso de las primeras letras sueltas, se le debería el perfeccionamiento de los elementos papel tinta, tipos y prensa, y su uso en gran escala. El fué el que primero fundió en metal gran cantidad de tipos perfectísimos, el que construyó la primera prensa de tornillo verdaderamente eficiente y el que sobre todo imprimió algo notable que debía dar a conocer su invento a todo el mundo y fué la Santa Biblia.

Esta Biblia se conoció más tarde con el nombre de Biblia de Mazzarino por haber sido identificada por vez primera un ejemplar de ella en la biblioteca de aquel Cardenal y también con el nombre de la Biblia de las 42 líneas por las que contenía cada columna de las dos de que constaba cada página, aunque hubo páginas que se debieron imprimir más de una vez puesto que las hay de más de 40 y aun 41 líneas.

La Biblia de Gutenberg, como hoy se la conoce, constituye una gran obra de 1282 páginas impresas, a dos columnas, en formato aproximado de un Misal, con márgenes adornados de hermosos dibujos y con las mayúsculas iniciales pintadas en algunos ejemplares de azul y rojo.

El texto es el latino de la Vulgata de San Jerónimo según el Exemplar Parisiense, por cierto no muy correcto.

Ya antes hemos indicado que la edición fué de 300 ejemplares, aunque hay quienes sostienen lo fué de sólo 200 de los cuales 165 en papel y 35 en vitela o pergamino; éstos finamente iluminados y los otros mejor impresos. El día de hoy se conocen en el mundo 45 ejemplares: 12, si bien no todos completos, en diferentes instituciones de los Estados Unidos.

Ningún otro invento, se ha dicho, ha emprendido su carrera de manera tan triunfal como la Imprenta con una impresión tal de su obra inicial que aun hoy día, en nuestro siglo veinte, es la admiración de quienes la contemplan por su esmeradísima ejecución.

II

En el hecho de haber sido la Santa Biblia el primer libro de importancia salido de una prensa y de manera tan acabada, parece como si se encerrara una particular providencia de Dios que hubiese querido consagrar para Sí y señalar la orientación que debiera presidir al efecísimo invento de la imprenta, de ser un instrumento de propagación de la verdad, y en especial de la religiosa, por la que el hombre camina a Dios que es su último fin. Y en la Biblia está la verdad de Dios escrita, por lo que con mucha razón se la ha llamado *El libro de los libros* y *El libro de la humanidad*. Pasando por alto a Donoso Cortés en su discurso de la Biblia, diremos imitando, esta vez, a Lacordaire: "Considerada como historia la Biblia precede a todas las historias por la antigüedad, el enlace y la autenticidad de la suya; ella sola asciende a la cima del género humano y coloca la primera piedra de todo el edificio de lo pasado. Ella sola encierra la historia de la vida del Redentor y se convierte en la verdadera Filosofía de la Historia al descubrirnos las leyes divinas por las que se rige hasta llegar a desembocar en los mares sin término de una eternidad feliz o desgraciada. Considerada como recopilación jurídica, no tiene igual en ninguna de las colecciones que contienen los cuerpos legales de los grandes pueblos de la antigüedad. Como filosofía moral, opone sus libros sapienciales a todas las máximas de los sabios más famosos y se siente en ellos una presencia de Dios que eleva al alma sobre el alcance natural de la razón. Como poesía tiene los cánticos de David y los profetas repetidos después de dos o tres mil años por todos los ámbitos del mundo cristiano y creadores de una lengua que se ha infiltrado en todas las lenguas humanas para alabar y bendecir a Dios. Los demás pueblos han tenido, historiadores, jurisconsultos, sabios, poetas, pero que son sólo suyos y forman como una gloria privada; el pueblo judío ha tenido el historiador, el moralista, el jurisconsulto, el poeta de la humanidad".

Esta preeminencia universalista de la Biblia depende de su característica exclusiva de ser *un libro inspirado que tiene a Dios por autor principal* en cuanto que Dios es quien excitó y movió a los autores secundarios a escribirlos y de tal manera los asistió que ni en concebirlos, ni en escribirlos se apartasen un punto de lo que era su divina voluntad. Son por lo tanto la expresión acomodada a nosotros los hombres de la infalible verdad captada con rectitud y escrita con fidelidad.

Nuestro Señor cita los libros de la Sagrada Escritura como palabra de Dios y del Espíritu Santo; lo mismo hacen sus Apóstoles que nos presentan a los autores humanos y secundarios como inspirados por el mismo Espíritu; y los Santos Padres llamarán a la Biblia cartas que nos llegan del cielo en nuestra peregrinación por la tierra traídas por hombres que son los autores sagrados; y en consecuencia exhortan a los fieles a leerlas con toda atención y tratarlas con toda veneración. La Iglesia los pasea procesionalmente, los incienso y los besa en su Liturgia; los prime-

ros cristianos llevaban al pecho algunas partes de los Evangelios a la manera que nosotros los escapularios; San Juan Crisóstomo supone que antes de coger el Evangelio sus cristianos se lavaban las manos; San Ignacio mártir escribía: "Me acerco al Evangelio como al Cuerpo de Cristo". Ha habido Santos, entre ellos San Carlos Borromeo y San Leonardo de Brindis, que la leían derrodillas al impulso como instintivo del respeto sagrado que se merece la palabra de Dios.

Si la Biblia es la palabra de Dios escrita en beneficio de los hombres nos parecerá lo más natural que San Pablo nos la presente como el *texto primordial del cristiano* ya que "es útil para enseñar, para convencer, para corregir, para educar como se debe de tal manera que el hombre de Dios (o el cristiano y más si es sacerdote), resulte perfecto y bien preparado para toda otra buena" (2 Tm. 3,16).

Por su parte el Apóstol San Pedro prefiere la enseñanza de la Biblia a la de su propio testimonio sobre el prodigioso hecho por él presenciado de la Transfiguración y alaba a cuantos atienden a ella, que viene a ser "como la luz de un candil en un lugar tenebroso hasta que amanezca el día y brille el lucero de la mañana en nuestros corazones", que será cuando Dios, visto y gozado cara a cara en el cielo, constituya nuestra eterna felicidad (2 Ptr. 1, 19).

III

El quinto centenario de la impresión de la Biblia de Gutenberg no ha pasado del todo desapercibido entre nosotros. Se ha hecho conmemoración de él en el triduo bíblico misional celebrado los días 18, 19 y 20 de Agosto, del que dimos cuenta en nuestro número de Septiembre pág. 506s. Por lo que de bíblico tuvo creemos que es el primero celebrado en Centroamérica. Y muy a propósito también para prevenirnos contra la gran propaganda que de su cercenada Biblia hacen en nuestro medio los protestantes y saber contrarrestarla con un mayor conocimiento de *El libro de los libros* de nuestra parte.

Solamente la Sociedad Americana Bíblica ha repartido en el siglo y medio que lleva de vida, desde el 8 de mayo de 1816 más de 38.552.450 Biblias completas y 367.869.450 Nuevos Testamentos y partes de la Biblia, y saber contrarrestar con un mayor conocimiento de *El libro de la Biblia*, en más de 200 idiomas y dialectos pertenecientes a más de 42 naciones en los cinco continentes. ¿Cuántos de estos ejemplares no habrán tocado a El Salvador?

Los Atalayas acaban de hacer una nueva traducción que tiende a borrar los límites entre el Antiguo y el Nuevo Testamento y seguramente hay personas en San Salvador que se han deleitado leyendo el "Evangelio espiritual de Jesús el Cristo", sin caer en la cuenta de que, a través de su vida enteverada con los datos evangélicos utilizados a su modo y de sus viajes enteramente fingidos por la India, Persia, Asiria, Grecia, Egipto, se van inoculando las mil una supercherías teosóficas en un estilo pseudomístico y con la mayor desfachatez dogmática e histórica que imaginar se puede.

De este modo se trata de desfigurar el auténtico retrato que de Jesucristo nos hacen los cuatro Evangelios, como Dios-Hombre, Redentor del género humano y Fundador del Reino de Dios, en una su única iglesia visible, fundada sobre San Pedro y sus sucesores hasta el fin del mundo, y se viene a convertir el cristianismo en una masa amorfa, desorganizada, sin doctrina ni costumbres definidas, incapaz de resistir el embate, sea abierto o solapado, de quienes tratan de destruirla.

¿Y qué hacer para enfrentarse a esta situación?
¿Inhibirse?

¿Dejar que corran las cosas confiando vanamente que Dios con su poder omnipotente venga a socorrer a su Iglesia sin nuestra cooperación?

Otra, muy otra es la solución del Príncipe de los Apóstoles.

A la ignorancia oponemos la instrucción.

A la inestabilidad la firmeza.

A la baraunda de opiniones y a la confusión de las pasiones, la luz de la verdad que guíe nuestra voluntad. La verdad encerrada en la palabra inmutable de Dios, en grandísima parte contenida en la Biblia e interpretada por su Iglesia, verdad que alumbra y esfuerza.

Decíamos antes que San Pablo nos presenta a la Santa Biblia como el texto primordial del cristiano. Ahora es San Pedro el que nos previene de *la condición necesaria para entender bien este texto*, a saber: Que ante todo entendamos o caigamos en la cuenta que cuanto es Sagrada Escritura no se puede interpretar al capricho de cada cual, con una interpretación privada, puesto que tiene un sentido independiente de nuestra voluntad y sólo dependiente del Espíritu Santo que inspiró a los autores sagrados. (2 Ptr. 1,20s). Ahora bien: Jesucristo abrió el sentido de las Escrituras a los Apóstoles (Lc. 24, 45) y a ellos y a sus legítimos sucesores confió al Espíritu Santo para que les enseñase toda verdad (Jo. 16, 13). De aquí que es a la Iglesia a la que debemos pedir la recta interpretación de las Escrituras para evitar el peligro de depravarlas y acarrear sobre nosotros la perdición en vez de la salvación que pretendió Dios al entregárnoslas.

No es nuestra la educación: Depravación de las Escrituras igual a propia perdición, sino del Apóstol San Pedro (2 Ptr. 3,16).

A los depravadores los califica de no instruidos e inestables y nos indica que, al menos a veces, toman ocasión para esto de que hay en ellas algunas cosas difíciles de entenderse (2 Ptr. 3,16).

San Pedro lo mismo que San Pablo tocan el punto de las Escrituras hablando de que sus cristianos se ven asediados por todos lados de seductores que hablan palabras blandas, hasta de la misma Escritura a su modo; gentes que van de mal en peor arrastrando a los demás a sus errores; pseudoprofetas, maestros de la mentira, forjadores de sectas que niegan al Señor que los redimió, apóstatas, profetas de una libertad de perdición,

en un ambiente de novedades que renuncia a la verdad y pretende suplirla con fábulas de todas clases.

Parece que a dos mil años de distancia estuvieran retratando nuestro ambiente y amonestando a los cristianos actuales:

“Vosotros por vuestra parte”, dice para terminar su segunda carta el Príncipe de los Apóstoles, “estando prevenidos contra los depravadores de las Escrituras, guardaos de que no seais arrastrados por el error de quienes no conocen leyes y vayáis a caer de vuestra firmeza” (2 Ptr. 3,17).

Y San Pablo: “Mas tú, Timoteo, permanece en las cosas que aprendiste y que te fueron confiadas, recordando de quién las aprendiste. Además de que tú conociste desde tu infancia las Sagradas Escrituras, las cuales te pueden hacer un sabio en la ciencia de la salvación por la fe en Cristo Jesús (2 Tm. 3,14).

Dos ideas nos sugieren estas palabras: Que la ciencia de las Sagradas Escrituras se ha de centrar en el conocimiento de Jesucristo y que hay una gran ventaja en conocer las Sagradas Escrituras desde la niñez y de ir las asimilando en la corriente vivificadora de las generaciones con la leche materna, como era el caso de Timoteo, cuya fe sincera recordaba con agrado el Apóstol, aquella fe que, según él mismo le dice, “habité primero en tu abuela Loide y en tu madre Eunice y cierto estoy de que también en tí” (2 Tim. 1,5) como corresponde a descendiente de tales antepasados.

IV

Los protestantes nos achacan a los católicos que tenemos la Biblia “amarrada al banco”, frase que, aludiendo a la antigua costumbre de asegurar los libros atándolos, equivale a la de que no permite la Iglesia su lectura a los fieles. La publicación de la Biblia de Gutenberg, mucho antes de Lutero, viene a contradecir este dicho. Nunca prohibió la Iglesia la lectura de la Santa Biblia en las lenguas originales o en latín que fué la lengua sabia hasta bien entrado el siglo XVIII. Ni tampoco se dejó de traducir la Biblia a las lenguas romances antes de los protestantes aunque es verdad que esas traducciones estuvieron prohibidas para el pueblo en general, debido al abuso que de ellas hacían los herejes, con lo cual la Iglesia no hacía sino cumplir su oficio de guardiana y fiel intérprete de las Sagradas Escrituras que, según hemos indicado más arriba, le confió Jesucristo Nuestro Señor. Aun hoy día y por la misma razón no permite que se publiquen tales traducciones sino con estas dos condiciones: que lleven la aprobación de la autoridad eclesiástica y notas que aclaren cuando sea necesario el sentido del texto (C. 1391). Por aquí se pueden distinguir las Biblias católicas de las protestantes y también porque estas últimas omiten algunos libros: Tobías, Judit, La Sabiduría, el Eclesiástico, el 1 y 2 de los Macabeos y partes de Daniel y Ester en el Antiguo Testamento.

En el Nuevo Testamento se da el caso curioso de que Lutero no reconocía como sagrados la carta a los Hebreos, la de Santiago y San Judas y el Apocalipsis y en cambio los modernos protestantes sí las recono-

cen al igual que nosotros. ¿Por qué este cambio de actitud? Se debe a que los protestantes no reconocen la autoridad infalible de la Iglesia en materias de fe y costumbres y sin esa autoridad no saben a qué atenerse, siendo así que de ninguna otra fuente nos puede constar con certeza, ni a ellos ni a nosotros, que las Sagradas Escrituras son la palabra de Dios y qué libros las forman, sino porque así nos lo asegura la misma Iglesia, consciente de tener al Espíritu Santo que le enseñe toda verdad, según la promesa de Jesucristo su Divino Fundador.

Aumentada en nuestros días enormemente la facilidad de comunicaciones que hace posible una pronta intervención de la autoridad, cuando haga falta, y asegurada con la imprenta por millares y millones la exactitud y fijeza de las traducciones, la Iglesia, antes que coartar, fomenta en nuestros días con toda diligencia la lectura y el estudio de la Sagrada Biblia en el pueblo. A esto vienen los días bíblicos que hoy se celebran en muchas naciones y la multitud de traducciones y ediciones de la Santa Biblia, íntegras o parciales, que vemos florecer cada día. Conocidas son entre nosotros las de la Buena Prensa de Madrid, El Paso Texas y Straubinger de Buenos Aires y el mismo Sr. Straubinger dirige la Obra del Apostolado Bíblico Popular del que conocemos cinco volúmenes, hasta la fecha, de la Editorial Guadalupe (Buenos Aires), destinados a dar a conocer la Santa Biblia y fomentar su estudio entre el pueblo. La propaganda que los protestantes hacen por su lado nos debe servir de estimulante a los católicos para que, además de oír la palabra de Dios de labios de nuestros sacerdotes, que es la manera más segura y apropiada al mandato de Ntro. Señor, la tengamos también a la mano y, conforme al dicho de San Pablo, nos sea "útil para enseñar, argüir, corregir y educar en la justicia y llegar a ser hombres de Dios, perfectos y consumados en toda obra buena" (2 Tm. 3,16s).

